

## Los huaves de San Mateo del Mar

Italo Signorini, *et. al.*

Los Huaves (Huabi, Wabi, Guabi, Juave, Huazontecos, Mareños) viven concentrados en los territorios de cuatro municipios solamente –San Francisco del Mar, San Dionisio del Mar, San Mateo del Mar y Santa María del Mar– situados alrededor de las grandes lagunas que se abren en la costa meridional del Istmo de Tehuantepec, en el Estado de Oaxaca. [...]

El etnónimo Huave es, según León (1904:2), un apodo zapoteca despreciativo que significa “podrido por la humedad”. La interpretación parece ser correcta, si se considera la repugnancia que sienten los huaves a llamarse con tal nombre. Prefieren el nombre de Mareños, o simplemente hacer referencia al pueblo de origen, sin ninguna indicación tribal. Hablando entre ellos, a la fundamental dicotomía entre “gente del Istmo” (*misiig*) –entendiendo con esto “indígena del Istmo” o más exactamente, como ellos dicen, “gente que lleva *enagua y huimil*”– y el resto de la humanidad, nombrada con el término *moel* [...], los Huaves añaden una corolaria definición de sí mismos: *mero ikooc* ‘verdaderos nosotros’, distinguiéndose así del conjunto de los *misiig*.

Esta “conciencia tribal” –que no ha impedido que cada comunidad se considerara separada o incluso en hostilidad con las otras– se funda, como justamente observa Diebold (1969:479), en el carácter “ultra-conservador” que, por lo menos hasta hace pocos años, ha distinguido a los Huaves, permitiéndoles mantener un conjunto de elementos culturales “indios” que otros grupos de Istmo han perdido; pero también en una economía diferente, esencialmente basada en la pesca, que hace de ellos los representantes de una original “cultura lagunar”. Finalmente, la unidad lingüística, no invalidada por las diferencias dialectales existentes entre las diversas comunidades (los dialectos son mutuamente inteligibles entre ellos), es otro elemento integrante fundamental.



## Datos Históricos

Muy escasos con los datos con lo que se puede intentar la reconstrucción de la etnohistoria de los Huaves. Una de las más antiguas referencias a ellos es del Alcalde Mayor Juan de la Torres de Lagunas (1928:179-74) que en 1580 escribía a Felipe II: “Como cuatro leguas de esta Villa de Tehuantepec, comienzan dos lagunas de agua salada que proceden de la mar del Sur, porque tiene barra... entre la una y la mar del Sur hace una isla que terna cuatro leguas de largo, y una legua y media en partes de ancho, y en esta isla están los pueblos de Guazontlán y Ocelotlán... y en todas estas lagunas hay mucha cantidad de géneros de pescado y camarón, de que los naturales son muy aprovechados...”

Del periodo anterior al contacto, sabemos solamente lo que nos refiere al fraile Francisco de Burgoa; pero estamos ya en 1674. Según este autor, las tradiciones huaves hablaban en aquel tiempo de un largo viaje por mar, del Sur hacia el Norte, realizado por aquel pueblo después que guerras intestinas o luchas con vecinos lo habían obligado a emigrar. Siempre costeano, los Huaves intentaron varias veces aposentarse, pero o bien la reacción de los nativos, o bien la inhospitalidad de la región los obligaron a proseguir, hasta que llegaron a la costa de Tehuantepec, donde la resistencia de los Mixes que entonces la habitaban, fue tan escasa que les permitió no solamente instalarse, sino también conquistar toda la llanura costera hasta la ciudad de Jalapa, retirándose los primeros a la zona montañosa del interior (1934, II: 338-39).

La información de Burgoa parece poseer una cierta validez si se tiene presente que en su tiempo la ciudad de Zanatepec, situada en el Noreste de las lagunas, era un centro mixe (1934, II:407) y que los Mixes todavía hoy en día ocupan una amplia zona occidental del Istmo. Burgoa añade que venían muy probablemente de Nicaragua, dado que un fraile proveniente de ese país, hallándose de paso en Tehuantepec y oyendo a un sacerdote que hablaba en huave con su criado, pudo entender lo que ambos se decían



(1934, II: 339,398). Este hecho ha sido uno de los estímulos para buscar una relación entre el idioma huave y los de la subfamilia mangue, pero, como se ha dicho antes, sin encontrar elementos suficientes para establecer con certidumbre la relación.

Añade Burgoa que fue la invasión de los Zapotecas –que bajaron al Istmo aprovechando el estado de debilidad en que se hallaban Mixes y Huaves tras el paso por sus tierra de los ejércitos de Moctezuma hacía el Soconusco– lo que obligó a los Huaves a retirarse “...entre unas lagunas grandísimas, pasando por un estrecho de tierra, en que pudieran hacer algunas resistencias si los quisieran seguir... en aquel sitio se quedaron los huaves, bastantes familias para hacer una población aunque muy faltos del sustento principal de maíz y obligóles la necesidad a buscarle en las lagunas que son abundantísimas del pescado...” (1934, II:398-99).

Se sabe muy poco de los Huaves en el periodo colonial, y esto no sorprende. El reducido número del grupo y el territorio inhóspito en que viven no atraieron los deseos de los conquistadores. Cortés cita en su petición a la corona de 1532 dos aldeas huaves, las mayores, Guacontlán (San Mateo del Mar) e Ystache-peque (San Francisco del Mar). Según Gerhard (1972:266) esto demostraría que dichas aldeas poseían un “státus” especial ya en época anterior al contacto. Si se piensa en los intereses que el Marqués del Valle tenía sobre la zona de Tehuantepec –por él concebidos no con la estrecha lógica feudal común a los Conquistadores, sino con una visión de más largo alcance que se planteaba como objetivo hacer de las lagunas el centro del comercio marítimo del Pacífico (el primer puerto estuvo en Santiago, en el Mar Superior, y después de 1535 en El Carbón, en la desembocadura del Río Tehuantepec [Bora, 1954:23; Brand, 1956:588]– se puede suponer que en estos primeros años del periodo colonial los contactos entre los Huaves y los Españoles hayan sido bastante intensos. Burgoa (1943, II:400) habla de los bergantines que Cortés mandó construir ordenando a una “muchedumbre de indios” que transportaran troncos de árboles (desde más de



veinte leguas de distancia). Los bergantines, debido a lo poco que los Españoles conocían los vientos que soplan en el Istmo, se hundieron. Quizás, como añade con ingenua malicia el fraile, porque “...el sudor de aquellos pobres, como violentados, debió de añadir fuerzas a las aguas de la barra para anegar al bergantín...”. Es muy probable que entre “aquellos pobres” hubiera también algún huave. De todos modos, en 1554 los Huaves son citados como tributarios (Gay, 1881; I: 350); un impuesto en especie, sólo de pescado, lo que pone en evidencia que en aquella época dependían fundamentalmente de la pesca. [...]

La evangelización de los Huaves fue llevada a cabo por los dominicos del priorato de Tehuantepec, dependientes del Convento de Santo Domingo de Antequera (Oaxaca), que establecieron a principios del siglo XVIII una “doctrina” en San Francisco del Mar, con San Mateo como segunda cabecera. Los frailes fundaron haciendas y cofradías en los territorios de cada uno de los pueblos huaves, que no formaron parte de encomiendas, e hicieron criar ganado, bajo el cuidado de mayordomos, para mantener con su renta al clero y sostener los gastos del culto [...]. La “doctrina” fue secularizada a principios del siglo XVIII, pasando bajo la jurisdicción del obispo de Oaxaca hasta el 1794 o 96, en que volvió a los dominicos hasta que en 1864 fue secularizada de nuevo y definitivamente. Desde entonces hasta 1960, en que los Oblatos enviaron allí un misionero, ni San Mateo ni San Francisco han tenido ningún párroco residente, recibiendo solamente una o dos visitas anuales de un sacerdote de Tehuantepec, en ocasión de las fiestas religiosas más importantes.

Durante todo el periodo colonial, las relaciones entre los Huaves y las autoridades españolas fueron pacíficas, incluso durante las revueltas zapotecas en Tehuantepec, en 1660 y 1662 (Manso de Contreras, 1660, y Anónimo, 1662, de León, 1904:10). Faltaron totalmente noticias, podemos pensar que sus relaciones con el gobierno siguieron siendo igualmente pacíficas después que México alcanzó su independencia. La



Revolución de 1910 y las luchas de religión de la década siguiente tocaron de cerca también a los Huaves, que vieron partir, voluntarios o a la fuerza, a muchos jóvenes reclutados en el ejército regular o en las bandas formadas por las facciones en lucha y también reducirse aún más su territorio, despojando *manu militari* de las tierras mejores, periféricas, ocupadas por los secuaces de los jefes de dichas facciones.

Los Huaves que vivían en la zona comprendida entre el Río Tehuantepec y Salina Cruz, fueron obligados pues, a abandonar las rancherías que allí poseían y a retirarse a la izquierda del río, y, más aún, durante algunos años toda la población del municipio de San Mateo tuvo que concentrarse en el pueblo por lo inseguras que resultaban las viviendas rurales. Es la misma situación, más o menos, que encontraron los municipios de San Dionisio y San Francisco.

El hecho de que en el pasado hayan tenido en poca consideración las tierras de cultivo –excéntricas geográficamente respecto a las aldeas, que se proyectan hacia las lagunas a causa del interés prevalente de los habitantes por las actividades económicas relacionadas por la pesca– ha originado una constante infiltración de colonos zapotecas. La infiltración de pescadores ha empujado a muchos a dedicarse más a la agricultura. Han comenzado pues los conflictos, llegando hasta la violencia, por ejemplo en 1972 entre los habitantes de Ixhuatán y los de San Francisco y en 1978 entre los de San Mateo y la Liga de Campesinos y de Estudiantes de Juchitán, al límite del territorio de la Colonia Alvaro Obregón. Es evidente que habrá otros en el futuro entre San Mateo y San Pedro Huilotepec por el hecho de que varios terrenos municipales del primero son hoy propiedad de habitantes del segundo, a los cuales fueron vendidos hace unos 20 años, como una operación fraudulenta, por un deshonesto presidente municipal.

Fuente: Signorini, Italo, Giorgio Raimondo Carmona, Carla M. Rita y Luigi Tranfo, *Los huaves de San Mateo del Mar*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1979, pp. 17-26.

